



Luis Fernando Granados

“Diez tipos (a medias) reales en busca de uno ideal. Liberales plebeyos de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX”

p. 191-206

Disidencia y disidentes en la historia de México

Felipe Castro Gutiérrez y Marcela Terrazas (coordinación y edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

354 p.

Ilustraciones y cuadros

ISBN 970-32-1263-80

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/407/disidencia_disidentes.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



DIEZ TIPOS (A MEDIAS) REALES EN BUSCA DE UNO IDEAL. LIBERALES PLEBEYOS DE LA CIUDAD DE MÉXICO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX*

LUIS FERNANDO GRANADOS

Juego sin reglas, sobre todo cuando de naipes, es oxímoron tan impracticable como las calles de los barrios capitalinos les parecieron a urbanistas y políticos en los primeros años del siglo antepasado. Es indispensable, entonces, hacer explícito el sentido de la fórmula que hace de título en este trabajo para evitar que alguna confusión anide en quien mira y, en especial, para que la limitada ambición de lo que sigue sea manifiesta: Pirandello y Weber, por supuesto, aunque en realidad una versión parcial, interesada, de lo que afirma la pieza teatral del italiano y la fórmula sociológica del alemán. De un lado, la certeza de que la orquestación de un argumento (como un edificio) obedece menos al deseo del arquitecto que a la voluntad de las piedras. De otra parte, la convicción de que un emblema es apenas un momento intermedio en el proceso de conocimiento, un estado parcial de cristalización y no, de ningún modo, el puerto de destino. Y entre paréntesis la atracción que me provoca el trabajo de Ginzburg, en especial en tanto que enfatiza la posibilidad de mirar a través de un objeto no obstante —y mejor: precisamente a causa de— su opacidad.¹

El modo en que estos tres ejes se articulan aspira a que los diez rudimentarios naipes con los que quiero jugar —llamémosles José María Lobato, Pablo de Villavicencio, Abraham López, Juan Othón, Francisco Calapiz, Fermín Gómez Farías, Lucas Balderas, Manuel Reyes Veramendi, Francisco Próspero Pérez y Antonio Galicia— ayuden a comprender, si no la vida política plebeya en la ciudad de México de

* Agradezco a Marcela Terrazas Basante, Rosario Inés Granados Salinas y Sandra Rozental, cuyas observaciones y comentarios aliviaron en algo el oscurantismo del texto —aunque menos de lo que ellas hubieran querido.

¹ Dicho más simplemente, estoy pensando en los “tipos ideales” de Max Weber, en los *Seis personajes en busca de autor* (1921) de Luigi Pirandello y en lo que Carlo Ginzburg reelaboró de su propia obra en “Indicios: Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en C. Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios: Morfología e historia*, traducción de Carlos Catroppi, Barcelona, Gedisa, [1986] 1999 (Serie Cla-De-Ma), p. 138-175.

principios del siglo XIX, al menos algunos de sus límites, las posibilidades que se ofrecían y que se negaban a quienes, desde la periferia del liberalismo, intentaban hacer oír sus voces o sus actos. Dicho de otra forma, lo que quiero es urdir una red con retazos y miradas indirectas e imaginar los bordes dentro de los cuales pudo hacerse la política plebeya en el tiempo en el que el viejo orden era un muerto que gozaba de cabal salud y el nuevo apenas comenzaba a respirar. En cierto modo, lo que no aparece en estas líneas es más significativo de lo que sí figura: lo implícito y apenas sugerido por los actos de este puñado de personajes a los que la historiografía ha tendido a situar en los márgenes de la trama política sin tener presente que la trama social (ahora en el otro sentido de la palabra) estaba formada también por ellos.

I. La prominencia de José María Lobato en la década de 1820, su generalato y su proximidad con un prohombre liberal como Lorenzo de Zavala, pero sobre todo su papel en la rebelión de 1828, podría oscurecer lo extraño que resultan sus hechos de fama a la luz de su vida durante la segunda década del siglo. Si sólo lo miráramos formar parte de la *troika* que dirige el ejército imperial encargado de acabar con Antonio López de Santa Anna en 1823, o parapetándose en un cuartel de la ciudad de México en la primera asonada antiespañola en enero de 1824, parecería, en efecto, que se trata apenas de uno de los primeros militares forjados en el molde que “Quinceñías” hizo famoso.² Pero al parecer se trata del mismo sargento realista, originario de Zamora o de Jalapa, a quien los insurgentes toman preso en 1811 y a quien obligan a unirse a las fuerzas de Ignacio López Rayón. Se trata quizá, más aún, del mismo individuo afiliado al ejército de Morelos hacia 1813 y que durante los dos años siguientes estuvo adscrito a las fuerzas encargadas de proteger el congreso de los rebeldes.³

² Véase Michael P. Costeloe, *La primera república federal en México (1824-1835): Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, traducción de Manuel Fernández Gasalla, México, Fondo de Cultura Económica, 1975 (Sección de Obras de Historia), p. 29-30 y 201-209; Torcuato S. di Tella, *National Popular Politics in Early Independent Mexico, 1820-1847*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1996 [en castellano, *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, traducción de María Antonia Neira Bigorra, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 140-141.

³ Sobre su posible origen jalapeño, véase *Prontuario de los insurgentes*, introducción y notas de Virginia Guedea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Instituto de Investigaciones doctor José María Luis Mora, 1995, p. 303; acerca de su condición de comandante de las fuerzas encargadas de proteger al congreso entre enero de 1813 y febrero de 1815, véanse *Prontuario...*, p. 169, 325, 511 y 525; José María Miquel i Vergés, *Diccionario de insurgentes*, México, Porrúa, 1969, p. 330-331, pese a que lo da por muerto en 1821.

Y si más tarde se une a los guerrilleros sureños, sobrevive a la asfixia política y a la persecución realista y desfila con los trigarantes en septiembre de 1821, lo que tenemos que preguntarnos no es sólo cómo en su caso se frustró el destino de buena parte de los insurgentes —marginados por una oficialidad realista convertida en imperial— sino, todavía más, especular hasta qué punto su reasentamiento físico y político en la capital de la nueva república es a un tiempo causa y consecuencia de una fortuna excepcional. Nada al parecer lo llamaba a ser un actor capitalino y, no obstante, en ese pequeño suspiro que se extiende de enero de 1824 a diciembre de 1828, Lobato parece haber construido una base política y militar hasta cierto punto independiente de caprichos burocráticos —aunque por supuesto no ajena a éstos—, que hizo posible su actuación en la insurrección popular que acompañó la imposición presidencial de Vicente Guerrero. Si el grito de guerra de los asaltantes del Parián es “viva[n] Guerrero y Lobato y viva lo que arrebató”, quizá tengamos que considerar seriamente la causa de tal emparejamiento, pues ya sabemos que las fórmulas retóricas suelen no ser triviales, ni esclavas sólo de exigencias métricas.⁴

II. Imán de la política en los años tormentosos de la tercera década del siglo XIX, la ciudad de México es también espacio protector que auspicia el desarrollo del radicalismo. Más todavía que Lobato, Pablo de Villavicencio —ese “payo” de El Rosario, Sinaloa— se hace radical al mismo tiempo que capitalino: su *nom de guerre*, recordémoslo, reúne en un solo gesto una condición social que es en realidad un proyecto político y un origen geográfico que sólo tiene sentido por ser empleado lejos del noroeste.⁵ La beligerancia de su pluma y el modo en que, una y otra vez —como ha mostrado Di Tella—, empalma la xenofobia con el populismo, así como su relación íntima, sospechosamente íntima, con ciertos líderes políticos, está vinculada y respaldada por ese conglomerado de barrios a cuyos habitantes se dirige y cuya voz pretende representar.⁶ Sin La Merced o sin Salto del Agua, la pro-

⁴ Para una visión panorámica de su vida, véase Humberto Musacchio, *Diccionario enciclopédico de México*, México, Andrés León Editor, 1989, v. 2, p. 1050-1051.

⁵ Como ocurre con casi todas las “identidades”, la de Villavicencio debe entenderse como una acción antes que como una condición inmanente, como un gesto antes que como una característica, cuya inteligibilidad depende de que lo implícito de su contenido se empareje con lo manifiesto. La vida urbana, real o presuntamente sofisticada, se esconde en la afirmación de ser un payo —o sea un paleta, un rústico, un aldeano—, así como el altiplano central acuerpa el recuerdo de la patria chica sinaloense, y de esto resulta una afirmación en contra de las veleidades palaciegas de la metrópoli, el boato virreinal y el antiguo orden plutocrático y letrado.

⁶ Di Tella, *op. cit.*, p. 9-10.

sa del Payo de El Rosario no es una en la que valga la pena detenerse; es significativa, por el contrario, por esa relación entre la cultura política de los barrios y la cultura política liberal que está emergiendo, aunque para confirmarlo debamos esperar a que los contornos precisos de aquélla se vuelvan más precisos al observador del siglo XXI.⁷

En la biografía del Payo, sin embargo, la ciudad de México es sólo una escala, aunque —indudablemente— sea su momento más significativo. Entre El Rosario y Toluca, los barrios que son su coro no son un destino como lo son en el caso de Lobato y de tantos otros. Al ser Toluca el punto terminal de su actuar, empero, los hechos de su vida iluminan de otra manera la centralidad de la ciudad de México en la génesis y la morfología de su práctica política. Su asesinato en el curso de la primera ola antifederalista (la revuelta encabezada por Mariano Ortiz de la Peña en la capital “mexiquense”) es menos trivial de lo que parece, porque se desvía de una norma casi nunca enfatizada por la historiografía pero que es crucial para entender la historia decimonónica: el asesinato político, no obstante Guerrero, fue menos extendido de lo que sugiere la vieja imagen del “caos” decimonónico. El Payo es víctima del frenesí militarista y la mala suerte lo ha sorprendido, digamos, fuera del espacio donde se afiló su pluma, en un descampado social que, como negativo fotográfico, acentúa los rasgos “matrióticos” del radicalismo liberal —rasgos que, aunque no son enteramente desconocidos, tampoco han recibido la atención debida—.⁸

III. No tenemos evidencia de que Abraham López hubiera conocido a Pablo de Villavicencio. Sólo sabemos, gracias al trabajo de María José Esparza, que el camino de López debe haberse iniciado en la misma Toluca en la que concluyó el del Payo. Pero poco importa si López fue educado directamente por el sinaloense o lo fue sólo de manera ejemplar. La ruta del editor, de Toluca a la ciudad de México, vuelve a indicarnos la relevancia política del tránsito geográfico y obliga a fijarnos,

⁷ Basta mirar los títulos de algunos de sus panfletos para percibir algo de ese vínculo: *Serviles metan las manos que ya se desplomó el templo* (1823), *De coyote a perro inglés, voy al coyote ocho a tres* (1823), *Si el presidente sigue como va, como subió bajará* (1826), *Ya los gatos se mudaron al Palacio Nacional* (1831), *O se van los gachupines o nos cortan el pescuezo* (1831).

⁸ En realidad, el Payo vivió en la ciudad de México menos de una década, pues llegó a ella en 1822, después —quizá— de haber participado en la insurgencia, y se marchó hacia 1830, cuando cayó el gobierno de sus correligionarios yorkinos. Para una visión un tanto esquemática de su vida, véase Humberto Musacchio y Luis Fernando Granados, *Diccionario enciclopédico del Estado de México*, México, Raya en el Agua, 1999, p. 488. Véase también Di Tella, *op. cit.*, p. 9-10, 87, 91-92, 108-110, 115, 118, 122-123, 125-126, 135, 141-142, 155-156, 168-169, 179-180, 220.

así como en el contenido de los textos y los grabados que constituyen lo más significativo de sus calendarios, en el proceso de aclimatación socioespacial de los actores políticos secundarios.⁹ El espacio urbano, de nuevo, funciona como un dinamizador de la conciencia, la convicción o la verborrea; pero no es nunca un espacio abstracto o entendido sólo en términos de la cruda división entre el campo y la ciudad.

Como los primeros años de la década de 1840 son esencialmente análogos a los años veinte, entre la migración del Payo y la de López las diferencias deben ser de grado antes que de clase. Instalado primero en la calle de Donceles y más tarde en la calle de Santo Domingo, o sea en una región limítrofe entre los barrios y la antigua ciudad española que ha estado asociada, desde entonces, con las artes gráficas, López practica desde ahí un oficio antiguo y venerable que todavía no hace mucho quería verse como ajeno a la práctica política popular. El género de López es quizá el que más claramente permite comprender las maneras en que la palabra escrita y los corrillos populares se articulan, pues el calendario, forma plebeya de la literatura si la hay, integra la utilidad cotidiana con una oportunidad discursiva —política idéntica a la política de altos vuelos— que es tanto verbal como plástica.

Un prejuicio letrado puede llevarnos a caracterizar su escritura como demagógica o naturalista, que en el contexto presente viene casi a ser lo mismo. Pero si miramos también la factura de las imágenes, y si advertimos que López parece haberse mantenido al margen de la vida política formal o de los vínculos paternalistas que acaso dominarían la época, resulta difícil sostener la idea de que su discurso visual y literario es sólo resultado de un esfuerzo elitista de manipulación. La virulencia política, el populacherismo retórico de la prosa y el convencionalismo formal de los grabados invitan a pensar más bien en que el discurso de López, como el discurso del Payo, evidencia el conocimiento pero no el dominio de los temas y las formas del discurso liberal de las elites. En otras palabras, que sus maneras eran las maneras de quienes, sin formar parte de la clase dirigente de la ciudad y el país, estaban suficientemente embebidas de la cultura política dominante como para hacer uso de ella.¹⁰

⁹ Véase María José Esparza Liberal, “Los calendarios de Abraham López: Litografía, guerra y censura”, ponencia presentada en las *Primeras Jornadas 2001*, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 19 de junio, 2001.

¹⁰ Véase, por ejemplo, “Segundo acto. Últimos acontecimientos de la capital de la república mexicana, [atacada] por el ejército de los Estados Unidos del Norte, hasta el 17 de septiembre de 1847”, en *Décimo calendario de Abraham López para el año bisiesto de 1848*, México, Imprenta de Abraham López, 1847.

IV. La escritura militante del Payo del Rosario o de Abraham López es vistosa, pero no parece haber sido la forma más efectiva de engancharse los actores políticos populares al carro de la alta política. Si Juan Othón escribió con los arrestos de aquéllos es algo que es necesario resucitar en los archivos. Su prominencia política, empero, tendría que llevarnos a creerlo un miembro más de la elite, pues parece claro que nadie o casi nadie llegó a ser diputado federal en el siglo XIX sin haberse labrado antes —o heredado, con mayor probabilidad— un patrimonio social y político que lo distinguiera del bajo pueblo. Othón es uno de los diputados federales elegidos en el muy intenso otoño de 1846, junto con el prohombre Manuel Crescencio Rejón y su viejo colaborador Ignacio del Río. Con ellos, es acaso la vanguardia del partido de Valentín Gómez Farías y está tan cerca del asediado vicepresidente que en marzo de 1847 es enviado por éste a encontrar a Santa Anna en el camino de San Luis, con el propósito —que resultara infructuoso— de inclinar al presidente en contra de los *polkos* sublevados.¹¹

Lo que lo devuelve al terreno que nos interesa explorar, con todo, no es su participación en la batalla de Belén del 13 de septiembre siguiente, cuando una parte de la guardia nacional mexicana intenta revertir la victoria de los estadounidenses a las puertas mismas de la ciudad de México. Es más bien que Othón participa en ese combate al mando del batallón Matamoros, uno de los ocho o nueve organizados o controlados por los puros desde agosto de 1846, inmediatamente después de la caída del gobierno de Mariano Paredes y Arrillaga.¹² Se llama guardia nacional en los años cuarenta, pero, obviamente, estamos ante la misma milicia cívica que desempeñó papel tan relevante en la política radical en los años de la primera república federal y cuya importancia fue consolidándose de nuevo desde mediados de la década, tal como lo señaló Santoni.¹³ Y como entonces, es imposible ignorar que las demarcaciones en las que sus miembros se reclutaban y, más, el ámbito social en los que operaban, los batallones milicianos eran instituciones enraizadas en un espacio urbano que, digámoslo de nuevo, es cualquier cosa menos homogéneo o indiferenciado.

V. Una doble determinación política y geoespacial parece haber decidido la disposición de estos batallones en la coyuntura crítica de 1846.

¹¹ Pedro Santoni, *Mexicans at Arms: "Puro" Federalists and the Politics of War, 1845-1848*, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, p. 160-161 y 193.

¹² Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días...*, Barcelona-México, J.F. Parres, 1880, v. XII, p. 832.

¹³ Véase Pedro Santoni, "A Fear of the People: The Civic Militia of Mexico City in 1845", en *Hispanic American Historical Review*, v. 68, n. 2, mayo de 1988, p. 269-288.

La confluencia de pobreza y activismo radical o populista en la periferia de la ciudad desde los primeros años del siglo hizo más o menos inevitable, aunque no en todos los casos, la separación de los batallones afiliados o controlados por los puros con los nuevos batallones forjados por los moderados y los hombres de bien: de manera sugerente aunque tenue —pues las demarcaciones siguen las líneas de los cuarteles mayores—, los radicales se hicieron fuertes en la periferia, mientras que el casco antiguo de la ciudad pareció concentrar a un mayor número de los batallones que más tarde, si no de inmediato, habrían de ser conocidos como *polkos*. La fortuna con que los partidarios del gobierno de Mariano Salas maniobraron en octubre de 1846 para marginar a los batallones puros ha sido responsable de que esos batallones hayan prácticamente desaparecido de la memoria historiográfica.¹⁴

Francisco Calapiz, de cualquier modo, está a cargo del batallón que debe acuartelarse en el convento de La Merced. Y decir La Merced, además de evocar la pluma del Payo del Rosario, debe también hacernos pensar en los curas revoltosos que participaron en la agitación iturbidista de 1822.¹⁵ Lo que sabemos de Calapiz está limitado esencialmente a este breve dato, pero no hay duda posible respecto de lo relevante que el cuartel y su *hinterland* significan para la conciencia —o quizá mejor, para el inconsciente— de la ciudad: será a propósito de su usufructo que comience la guerra civil de febrero-marzo del año siguiente. Y aquí encontramos al segundo más pequeño de los actores de este relato, tan esquivo como Calapiz aunque beneficiario de un apellido que lo hace notable. Fermín Gómez Farías, además de hijo del patriarca de los radicales, es comandante del batallón Libertad a fines de febrero de 1847, cuando comienza la segunda parte del conflicto entre puros y moderados —más o menos resuelto a favor de los segundos en octubre del año anterior—.¹⁶ Si lo seguimos luego de la destitución de su padre a las lomas de Cerro Gordo y luego de regreso al valle de México, hasta verlo desaparecer (al batallón al menos) en la carnicería de Molino del Rey, comprobaremos, por una parte, la condena

¹⁴ Véase Rubén Amador Zamora, “El manejo del fusil y la espada. Los intereses partidistas en la formación de la guardia nacional en la ciudad de México, agosto-octubre, 1846”, tesina de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

¹⁵ Di Tella, *op. cit.*, p. 87, 115 y 136.

¹⁶ Carlos María de Bustamante, *Campaña sin gloria y guerra como la de los cacomixtles en las torres de las iglesias tenida en el recinto de México causada por haber persistido D. Valentín Gómez Farías, vicepresidente de la república mexicana, en llevar adelante las leyes de 11 de enero y 4 de febrero de 1847, llamadas de manos muertas, que despojan al clero de sus propiedades, con oposición casi general de la nación*, México, [s. e.], 1847.

que sufren los guardias nacionales partidarios o controlados de los puros, y, por la otra, que la suerte del batallón Libertad es idéntica a la que corresponde a los subordinados de Lucas Balderas.¹⁷

VI. “*Polkos* de verano” les llaman a los soldados del antiguo sastre que comanda el batallón Mina.¹⁸ *Polkos*, pero no mucho, pues parece —o al menos a eso hace referencia la fórmula— que sólo cuando el calor relaja un poco las costumbres indumentarias de los ricos es posible confundir a los guardias del batallón Mina con quienes militan en el Hidalgo, el Independencia, el Bravo o el Victoria. Pero a tal punto su suerte ha estado unida a la de los *polkos* “auténticos”, al menos durante el último año de su vida, que no es sorprendente que en 1856, cuando el gobierno del moderado Ignacio Comonfort decida honrar a los héroes de la guerra de 1846-1848, los cinco batallones *polkos* sean igualmente homenajeados, en sendos monumentos que recuerdan, uno, la batalla de Churubusco y, otro, la de Molino del Rey, aunque en el combate del 8 de septiembre de 1847, el único de ellos involucrado fuera el de Balderas (y, por cierto, en el monumento apenas hay referencia al Libertad, también diezmado por las fuerzas de William Worth).¹⁹

Hay algo irónico en la elevación de Balderas, pues el pasado del sastre es un mentís a los valores que dicen encarnar los *polkos*. La patria sagrada de la hora de su muerte no es aquélla, ni de lejos, por la que Balderas se hizo célebre. Aunque nacido en el Bajío, su formación es esencialmente capitalina, al mismo tiempo como sastre y como oficial del batallón Fieles de Fernando VII.²⁰ Desde ahí, en su doble condición de artesano y oficial de milicias, fue deslizándose hacia el campo de quienes, a principios de la década de 1820, hicieron de la xenofobia y la igualdad sus banderas principales. Protagonista, como paladín de las milicias cívicas y elector del ayuntamiento en 1826, del bienio *sans-culotte* que precedió a la toma del poder yorkina, Balderas es la mano que guía a los artilleros milicianos que se apoderan de la Acordada el primero de diciembre de 1828, y está al lado de Lobato cuando el jefe

¹⁷ Zamacois, v. XII, p. 629-630; Ramón Alcaraz *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, edición facsimilar, México, Siglo Veintiuno, [1848] 1977 (Historia), p. 127-131.

¹⁸ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, prólogo de Fernando Curiel, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (Obras Completas de Guillermo Prieto, I); p. 393.

¹⁹ Véase María Elena Salas Cuesta (compiladora), *Molino del Rey: Historia de un monumento*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, [1985] 1997 (Regiones). Ahí mismo, p. 222-229, hay una pequeña biografía de Balderas.

²⁰ Di Tella, *op. cit.*, p. 76.

militar de la revuelta aparece victorioso en el Zócalo en la tarde del día cuatro, poco antes de que se desborde la algarabía popular y los cajones del Parián comiencen a ser saqueados.²¹

Como su amigo Reyes Veramendi, Balderas sobrevive a la debacle victoriosa de los yorkinos y está de vuelta en 1833, rodeado ya del aura que acompañará por siempre a los “parianistas”. Si nos dejáramos guiar por las apariencias, o insistiéramos en esencializar la historia del radicalismo liberal, la prominencia de Balderas en 1828 y su retorno en 1833, como inspector general de las milicias del Distrito Federal, debería ser visto como una mera prolongación de su furia plebeya, como evidencia de que el programa de Guerrero sobrevivió de algún modo a la reacción de 1830.²² No nos engañemos, sin embargo. No olvidemos que, al menos en las alturas de la vida política, los “radicales” de la primera reforma son en realidad viejos imparciales y novenarios, enemigos de los yorkinos en 1828 y hasta cierto punto responsables del colapso del gobierno de Guerrero: no por nada, Zavala no reaparecerá en el centro del radicalismo cuando Gómez Farías se haga cargo del poder.²³ (Añadamos entre paréntesis que equívocos historiográficos de esta especie persistirán mientras nuestra posición ante el liberalismo siga siendo deductiva y, peor, mientras el liberal por antonomasia siga siendo Mora, que puede haber sido muy liberal intelectualmente, en especial visto desde los años cincuenta, pero que en términos políticos y entre fines de los años veinte y principios de los años treinta era más bien de derechas.)²⁴

²¹ *Ibidem*, p. 206-207; Will Fowler, *Tornel and Santa Anna: The Writer and the Caudillo, Mexico, 1795-1853*, Westport (Conn.), Greenwood, 2000 (Contributions in Latin American Studies, 14), p. 93. Sobre el alzamiento de diciembre de 1828, véanse Costeloe, *op. cit.*, p. 201-209, y sobre todo Silvia M. Arrom, “Popular Politics in Mexico City: The Parián Riot, 1828”, en *Hispanic American Historical Review*, v. 68, núm. 2, mayo de 1988, p. 245-268.

²² Miguel Á. Sánchez Lamego, “El ejército mexicano de 1821 a 1860”, en *El ejército mexicano*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, p. 127; Richard A. Warren, *Vagrants and Citizens: Politics and the Masses in Mexico City from Colony to Republic*, Wilmington [Delaware], SR Books, 2001 (Latin American Silhouettes: Studies in History and Culture), p. 111.

²³ La historia, por supuesto, es mucho más complicada y compleja. Lo que quiero señalar es que las discontinuidades entre el radicalismo de los años veinte y el reformismo de los años treinta son tan importantes como sus semejanzas y filiaciones genealógicas. Véase por ejemplo Costeloe, *op. cit.*, p. 371-411.

²⁴ Por “deductiva” quiero decir que la práctica política de los liberales decimonónicos ha tendido a verse como mera expresión de ideas y principios ideológicos los que, a su vez, constituyen un cuerpo de doctrina más o menos estable y coherente. La doctrina constituye, en esta perspectiva, una suerte de primer principio aristotélico, a partir de la cual es posible extraer una definición histórica del liberalismo. Como las ideas, sin embargo, no existen al margen de las prácticas y son, de hecho, prácticas por derecho propio, el estudio del liberalismo quizá debería centrarse menos en las palabras, en los discursos, y más en la escritura, entendida ésta como una actividad fundamentalmente política. En otras palabras, más que

Algo al parecer comienza a cambiar en la vida y en el contexto de Balderas conforme la república federal se aproxima a su muerte, aunque todavía en septiembre de 1841 parece haber estado involucrado en la maniobra farisea con que Anastasio Bustamente intentó salvar a su gobierno.²⁵ Y, trenzada como ha estado hasta ahora, su vida vuelve a encontrarse con la de Reyes Veramendi. En ambos casos, parece que asistimos a una historia de *gentrification*, de “adecentamiento”, que sin duda tiene que ver con el envejecimiento, pero que puede ser algo más.

VII. La vida de Manuel Reyes Veramendi sigue en líneas generales la de Balderas, aunque muy pronto un rasgo más propiamente político se vuelve central en su biografía. No es que no esté vinculado a las fuerzas armadas desde muy temprano, aunque —y la distinción es importante— lo está más con el ejército que con las milicias cívicas, al menos en 1823 y 1824.²⁶ Constructor desde entonces de ese fenómeno que Di Tella, con su habitual perspicacia, ha llamado “cesarismo popular”, Reyes Veramendi está donde debe estar cuando se consolidan las relaciones entre los radicales y las clases populares: es alcalde en el cabildo *sans-culotte* en 1826-1828, conspirador guerrerrista en el otoño de 1828 y espectador a medias responsable del asalto al Parián. La derrota de los yorkinos al año siguiente, como a Balderas, no lo aniquila, pero al contrario que el sastre, cuando reaparece en la palestra tres años más tarde, Reyes Veramendi lo hace como vicegobernador del estado de México, segundo de Zavala, lo que sin duda manifiesta una capacidad discursiva, “política”, no vista en el de San Miguel. (En esa coyuntura, por lo demás, Reyes Veramendi es víctima, aunque sólo política, de la asonada que acaba con Villavicencio.)²⁷

Poco importa el modo en que se resuelve el conflicto entre Zavala y la coalición imparcial-novenaria que se apresta a gobernar a principios de 1833 (primero se le remueve de la gubernatura, más tarde se le envía como embajador a Francia). Lo que hay que mirar es a su vicegobernador acomodándose al radicalismo de nuevo cuño, siendo elegido diputado por el Distrito Federal en junio de ese año y, de este modo, enganchando su carro al de una forma de liberalismo centrado en la cuestión religiosa, quizá más vociferante pero menos subversivo en lo social, más cercana a las delicadezas de Mora que a la furia del Payo. El sutil pero crucial deslizamiento hacia la derecha, perceptible ya, sólo

estudiar “el liberalismo en la época de Mora”, acaso haya que ocuparse de las personas y los gestos que crearon el liberalismo e hicieron política en su nombre.

²⁵ Di Tella, *op. cit.*, p. 239-240.

²⁶ Warren, *op. cit.*, p. 111.

²⁷ *Ibidem*; Di Tella, *op. cit.*, p. 176 y 231.

irá acentuándose con los años, conforme la reacción antiliberal de 1834, el final de la república federal y el establecimiento del centralismo vayan reduciendo los espacios en que puede operar el agitador de principios de los años veinte.

¿O es una forma oculta y silenciosa preservar y aun ampliar la posición política de aquellos a quienes Reyes Veramendi —por invertir el *dictum* zapatista— obedece mandando? No es que haya que negar la reacción antipopular de las autoridades nacionales y, en especial, capitalinas, en la segunda mitad de los años treinta; Warren ha mostrado cómo el centralismo fue en los hechos una contrarrevolución política y electoral.²⁸ Es simplemente preguntarse por la racionalidad de los actos de un actor político cuya fuerza proviene de un espacio social acotado y más o menos estable. Es reflexionar acerca de los vínculos que atan a ciertos políticos a la tierra, los límites que una *constituency* popular impone a la acción de quienes, más o menos desde arriba, se valen de lo “popular” para actuar en el mundo de la política. Y más: si, como afirma Warren, la contrarrevolución es también el abandono elitista del ayuntamiento de la capital, la sobrevivencia de actores como Reyes Veramendi en el cabildo tendría que verse como un empate, como una forzada negociación, entre los agitadores populares y los barones del centralismo.

Nunca como en los meses de la guerra contra Estados Unidos y, de manera todavía más sobresaliente, en su actitud ante el alzamiento del 14, 15 y 16 de septiembre de 1847, la tensión entre política y *constituency* que define la actuación de Reyes Veramendi se manifestará con mayor claridad. Pero ya en la coyuntura de septiembre de 1841, cuando sirve a, o se sirve de, la finta federalista del presidente Bustamante, está claro que su credo moderado tiene de algún modo que negociar con una agitación que indudablemente está creciendo en la calle y en los barrios, aunque no podamos precisar sus contornos como quisiéramos. Este vaivén puede verse aún más acentuado cuatro años más tarde, en 1845, cuando pasa de opositor al restablecimiento de la milicia cívica, en enero y abril, a organizador apresurado de un batallón miliciano con la idea de impedir la caída del gobierno de José Joaquín de Herrera, en diciembre.²⁹ Es apenas sorprendente, en consecuencia,

²⁸ Richard Warren, “Desafío y trastorno en el gobierno municipal: el ayuntamiento de México y la dinámica política nacional, 1821-1855”, en Carlos Illades y Ariel Rodríguez Kuri (compiladores), *Ciudad de México: Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, Zamora-México, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, p. 117-130.

²⁹ Di Tella, *op. cit.*, p. 239-40; José Fernando Ramírez, *México durante su guerra con los Estados Unidos*, edición de Genaro García y Carlos Pereyra, México, Librería de la viuda de

que en la hora de la guerra internacional y la derrota mexicana, Reyes Veramendi sea al mismo tiempo el principal abogado de la pacificación durante la revuelta popular —un enemigo de la violencia con la que los capitalinos reciben a los estadounidenses, de hecho— y el garante último de la institucionalidad republicana en la ciudad de México desde el momento mismo en que la capital queda abandonada a su suerte, al punto que los estadounidenses, hartos de lidiar con su patriotismo, maniobrarán para desposeerlo de la alcaldía y la gubernatura del Distrito Federal en diciembre de 1847.³⁰ Es poco sorprendente, sí, pero no por eso menos irónico: Reyes Veramendi está en 1847 al otro lado de la línea que ayudó a trazar en 1828.

VIII. Francisco Próspero Pérez, mucho más que Othón, quizá tanto como López, es el gesto que enlaza —de nuevo— a los radicales con las comunidades urbanas en el año crítico que comienza en septiembre de 1846, con el regreso de los puros a la política abierta y la revitalización de las milicias cívicas, y que termina en septiembre de 1847, con la ocupación de la ciudad por el ejército estadounidense y el alzamiento popular que la acompaña. Es el tribuno que recibe a Santa Anna en las casas consistoriales y lo invita a no olvidar las lecciones de su primera alianza con Gómez Farías; es el provocador que busca “reconciliar” al médico jalisciense con Manuel Gómez Pedraza, para así inmovilizar a los moderados; es el agitador protegido por Gómez Farías y por Manuel Crescencio Rejón; es la incómoda presencia en las cercanías del vicepresidente, que hace renunciar al ministro de Justicia cuando deben expropiarse los bienes de manos muertas. Pero, ante todo, su voz es el emblema —esbozado por Abraham López y compuesto, años más tarde, por Guillermo Prieto— que acompaña el inicio de la rebelión capitalina en la mañana del 14 de septiembre de 1847. Y es también un gesto llamando a Santa Anna a volver a la ciudad para sumar su ejército a la insurrección.

Ya en otra parte he intentado narrar los pormenores de esta vida trivial que replica de muchos modos los gestos y las palabras de los

Ch. Bouret, 1905 (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, III); p. 22. Santoni, *Mexicans at Arms*, p. 61.

³⁰ Véanse Luis Fernando Granados, “Sueñan las piedras: Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre, 1847”, tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 112-114; Dennis E. Berge, “A Mexican Dilemma: The Mexico City Ayuntamiento and the Question of Loyalty, 1846-1848”, en *Hispanic American Historical Review*, v. 50, núm. 2, mayo de 1970, p. 229-256.

jóvenes Balderas y Reyes Veramendi.³¹ Lo que importa subrayar es que su presencia en la trifulca con la que comienza la insurrección en el Zócalo ilumina y da cuerpo a su participación política en septiembre y octubre del año anterior y, del mismo modo, que la clave para entender el impacto de sus maniobras electorales y políticas está en el conjunto del alzamiento septembrino. Los dos procesos y los dos niveles de acción están de tal modo engarzados que prescindir de uno equivale a perder perspectiva del otro, y ello es especialmente absurdo si queremos comprender tanto el efecto de la retórica y la política liberales entre las “masas del pueblo” como si intentamos evaluar el papel de la dinámica política en la gestación del alzamiento. Dicho de otra forma, el emparejamiento de los dos momentos de la vida de Pérez sugiere que la lucha política en el año culminante de la guerra con Estados Unidos no fue etérea ni estuvo restringida a las elites gobernantes y, por ello, que el restablecimiento de la federación y la agitación reformista de 1846-1847 influyó decisivamente en el clima que hizo posible la rebeldía de la ciudad.

IX. El clima que hace posible el alzamiento, por supuesto, se ha formado lejos en el tiempo y se hunde hondo en las estructuras básicas de la vida capitalina. Pero, de nuevo, se acuerpa en espacios concretos y en personajes que contienen historias que todavía no han sido narradas debidamente. Barrios y dirigentes comunitarios adaptándose a la cultura política liberal, sí, pero barrios y dirigentes cuya forma de actuar y cuya legitimidad están enterradas en un pasado que se antoja anacrónico para mediados del siglo XIX.³² Digamos Magdalena Mixhuca, por ejemplo, y estaremos refiriéndonos a uno de los barrios más antiguos de la ciudad, barrio que debe haber sido poblado mucho antes de la conquista española —parece indudable que a fines del siglo XV los *calpulli* están conquistando el terreno entre el islote primigenio y la isla de Mixhuca, lo que quiere decir que la ciudad se extiende

³¹ Véase Luis Fernando Granados, “Pequeños patricios, hermanos mayores: Francisco Próspero Pérez como emblema de los *sans-culottes* capitalinos hacia 1846-1847”, ponencia presentada en el coloquio *La ciudad de México, historia y prospectiva*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, noviembre, 2001.

³² Véase Annick Lampérière, “La ciudad de México, 1780-1860: Del espacio barroco al espacio republicano”, en Esther Acevedo (compiladora), *Hacia otra historia del arte en México*, v. 1, *De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001 (Arte e Imagen), p. 149-164. La vitalidad de la historiografía ha quedado de manifiesto recientemente en los trabajos reunidos en Carlos Aguirre Anaya, Marcela Dávalos y María Amparo Ros (compiladores), *Los espacios públicos de la ciudad: Siglos XVIII y XIX*, México, Juan Pablos-Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002 (Biblioteca Ciudad de México).

entre las calzadas de San Antonio Abad y la Viga hasta el río de los Remedios— y que hasta 1812 formó parte de la república (o parcialidad) de San Juan Tenochtitlan. Como la totalidad de la república, Magdalena va a sufrir a partir de entonces la presión de renovados intereses criollos, que buscan “civilizar” a sus habitantes.³³

No dudemos en llamarlos indios. Lo son puesto que, como en muchas regiones de la Nueva España tardía, la vida urbana, el catolicismo ritual, la adopción del castellano y las muchas transformaciones contemporáneas del régimen borbónico no son obstáculos para la preservación y el cultivo de la cultura aborígen sino, más aún, un catalizador —paradójico si se quiere, pero crucial— que enriquece y dinamiza la indianidad de los indios. La fascinante flexibilidad de este complejo cultural quedará muy pronto de manifiesto cuando algunos de los pueblos sujetos de Tenochtitlan —Mexicalcingo, en especial— adopten el constitucionalismo gaditano y conviertan sus repúblicas en ayuntamientos. Y así, desde entonces, la búsqueda de nuevos moldes y modelos de acción entre los nahuas de la ciudad de México avanzará coqueteando con el liberalismo y aun con el radicalismo. Pero no se trata de un destino, como lo atestigua la ambivalencia política de una multitud de dirigentes nahuas a lo largo del siglo (Juan Rodríguez Puebla el más importante). Es apenas una opción: la opción política de Antonio Galicia, gobernador de San Juan y al parecer ex alumno del colegio de San Gregorio, que en 1826 es elegido —con Balderas y con Reyes Veramendi— al ayuntamiento que devendrá *sans-culotte*.³⁴

X. Un juez de manzana, semejante a los que pedían instrucciones al alcalde Reyes Veramendi para organizar la resistencia en vísperas de la caída de la ciudad, en septiembre de 1847. Un pico de oro que envuelve a sus conocidos con su labia y les distribuye boletas para ser depositadas en la iglesia parroquial el día de las elecciones, o un lector que hace pública la voz del Payo del Rosario y acentúa lo satírico de la prosa con su entonación, sentado en medio de un corrillo. Un tendero o artesano, elevado sobre el común apenas lo necesario para merecer palabras y cortejos de los líderes políticos de la ciudad, pero no tanto como para perder la confianza de los vecinos. A veces también un ofi-

³³ Véase, para toda esta historia, el clásico de Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México: Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, El Colegio de México, 1983. Agradezco las observaciones críticas de Margarita Guevara Sanginés, que frustraron mi propósito de hermanar al abogado oaxaqueño Tiburcio Cañas con el linaje nahua de los Caña. El argumento ha perdido algo de su encanto, al menos a mis ojos, pero espero que haya ganado algo en precisión.

³⁴ Di Tella, *op. cit.*, p. 176.

cial en un batallón miliciano, o el dueño de la pulquería donde se resuelven los conflictos y se engendran los asesinatos. Si se le oye hablar acaso se perciban las formas quebradas de un castellano que todavía sabe a náhuatl, o tonos de una vida campestre, indígena en el doble sentido de la palabra. Revoltoso en la juventud, cuando la retórica radical fluye libremente y nadie en las alturas está seguro todavía del efecto que causa en las calles, irá haciéndose más responsable con los años, apadrinará niños en el bautizo, generará a su alrededor una corte de aspirantes y se deleitará con presumir ante sus jefes políticos el control que ejerce sobre el barrio. Ostentoso de sus relaciones, en su presunción está inscrita la ruptura de los valores sociales tradicionales, el fin de la deferencia que el antiguo régimen promovía.

La ciudad anima y limita al mismo tiempo el establecimiento de vínculos políticos y formas de pensar lo público que contradicen la fragmentación colonial: si de un lado la seducción populista de quienes elevan al trono imperial a Iturbide o el proteccionismo xenófobo de los yorkinos, del otro los antiguos justicias de los barrios, los jueces de manzana, los sacristanes de las parroquias —y también los tenderos y los evangelistas— canalizando y así deformando, reinventando, el *ethos* individualista que palpita en el corazón del liberalismo. Familias, linajes, *calpulli*, y alrededor y por encima cofradías, gremios, las categorías étnicas de los recaudadores de tributo, el territorio fragmentado de los barrios y la unidad abstracta implícita en la forma de los cuarteles menores: una retícula menos simétrica que la traza pero más extensa y densa geográfica y socialmente, comunitaria antes que moderna, en la que se hundan los pies de la nueva cultura política.

El individuo que enlaza ambos mundos, aun si es diputado o funcionario del ayuntamiento o si su pluma define enemigos y convoca a la movilización, se debe entonces a lo que entiende y es capaz de traducir, pero también a lo que se le escapa, a lo que intuye y formula con torpeza. Su camino es una exploración de los bordes discursivos del liberalismo y un levantamiento topográfico de lo que es posible en los barrios, y por ello oscila continuamente entre la obediencia y la disensión: si unas veces anima al saqueo del comercio o cultiva el patriotismo, otras, las más, se pliega a los exhortos a la moderación de los hombres de bien. En última instancia, su vicariedad define su actuación, lo convierte en una suerte de *flâneur* político.³⁵ Balderas, Lobato y

³⁵ En clave benjaminiana, el “vago” parisiense es sobre todo un heraldo de la nueva cultura burguesa: alienado, individualista, enfermo de nostalgia, fascinado por lo moderno e incapaz de comprenderlo. Véase Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo: Iluminaciones II*, prólogo y traducción de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, [1980] 1991 (Humanidades-Teoría y Crítica Literaria).



Reyes Veramendi son meros espectadores del arrebato vengador —irracional desde un punto de vista político— de quienes asaltan y queman el Parián, y unos cuantos días más tarde están vendiendo vajillas orientales en las calles polvorientas de los barrios.